

ESPONTÁNEOS Y LIBRESCOS

Niza de 1931.

OBSERVANDO por encima de las apariencias y los detalles, se puede decir que sólo hay, en realidad, dos clases de escritores: los espontáneos y los librescos. A los espontáneos se les conoce—basta una línea—por la clara diafanidad, por el altruísmo invariable, hasta por el desdén de la intriga y de las artes menores de la literatura. Les anima un sentimiento cordial para sus compañeros y para la juventud. Creen en un ideal. Llevan más o menos probabilidades en las alas, pero siempre tienden a levantar los ojos hacia el sol, a magnificarse en las cimas, a abrirse en luz sobre la eternidad.

A los librescos no es difícil tampoco clasificarlos. Conceden suprema atención a las preocupaciones corrientes. Invariablemente comparten la opinión que impera, lo mismo en política que en arte, sin perjuicio, claro está, de «evolucionar» así que asome otro matiz del éxito.

Son los que se precipitan a recoger las cosechas y hacen decir al observador:

—El triunfo de tal cosa debe estar próximo, porque se ha adherido Fulano...

Nunca se preguntan:

—¿Dónde está la verdad?

Prefieren indagar:

—¿Quién será el triunfador?

Porque dan mayor importancia a la estrategia que a la obra; y hay que admirarlos más como placeros que como creadores, Pero, por encima de todo, son mosaístas. En cada línea que escriben hallamos una referencia a sus lecturas. (con comillas o sin ellas) una reminiscencia, confesada o no. Parece que en vez de pensar, estuvieran pasando revista al pensamiento de los demás. Y es que, hay que confesarlo, no pueden dar un paso sin apoyarse en los muertos, muertos como se sienten ellos mismos antes de tomar la pluma.

En vano invocan para disimular su debilidad la exquisitez, la distinción, cuanto por ser artificio de invernáculo nace más del estudio que de la emoción, más del cálculo que de la espontaneidad, más de la destreza que del alma. En vano se proclaman los «supremos» y hacen la guerra a los «vulgares» servidores de la belleza y de la verdad. La diferencia se advierte en seguida. Son los vencidos.

Al señalar dos rumbos entiendo, sobre todo, separar a los que siguen las corrientes de los que las preceden, a los sinceros de los simuladores, a los que se hacen ellos mismos de los que se hacen hacer por los demás.

Los primeros, ocupados en su obra, no pueden mezclarse en la guerrilla «gendelette». Y cuando lo intentan, han de reconocer su incapacidad.

Los segundos, tienen a menudo el genio de la intriga, suscitan complicidades, manejan el «bluff» son maquiavélicos o matones y utilizan las artes más diversas para suplir lo que les falta. Después de todo, son talentos «erzats», empleando la palabra pintoresca. Su destino suele ser amenizar fiestas mundanas, alcanzar el sufragio de pequeños cenáculos, perseguir la consagración de una Academia. Pero íntimamente saben—y éste es el castigo mayor—que nunca llegarán hasta el pueblo y que en el umbral de la muerte se abre para ellos el silencio sin fin.

Los otros, en cambio, sufrirán la pobreza, la negación, el destierro, pero llevan en sí el germen de las resurrecciones. Y bien ganado se lo tienen. Porque sólo cuando mueren se les permite vivir.

La juventud que siente la vocación de las letras debe saberlo de antemano. La notoriedad es como el pan: los que lo ven en la vidriera reluciente, no saben el trabajo que costó amasarlo, ni adivinan las materias deleznable que entran a veces en su composición. Pero, ¡cuán ineficaces son las conspiraciones para cerrar el paso a los que deben elevarse! Si una telaraña interrumpe el vuelo de una mosca, no detiene la marcha de un ferrocarril. Los nombres que hoy nos parecen indiscutibles, son, precisamente, los que fueron negados ayer. Cuanto más viva es la luz, más obliga a cerrar los ojos. Es bueno, acaso, que sea así. La reputación, que es el lujo del talento, nace de los choques, como la espuma, que es la gloria de las olas. Y la injusticia no es a veces más que el empujón necesario que hace saltar a ciertos hombres el valladar del triunfo.

Todo esto al margen de los fallos del supremo Magisterio de las Venganzas que suele ser la crítica. Porque la crítica toma ejemplo, a menudo, en los desocupados de figón que se divierten, más que jugando a los naipes, disputándose por ellos.

Creer algunos, por otra parte, que la mejor manera de llegar consiste en cerrar el paso a los fuertes y colaborar en la ascensión de los inútiles. Así nacen los cerros de la literatura, que nunca añaden valor intrínseco a su país o a su siglo. Para sostenerse pasajeramente, se ven obligados a agruparse a la derecha de

otros números. Al hacer, después, el recuento de las vidas, son la hojarasca que la posteridad ignora. Sin embargo, deslizaron su veneno. Si fuera posible podar el arte de los signos sin valor, tornaría a ser un campo augusto donde sólo florecerían corazones. Pero, fulminar contra el destino, es confesar una inferioridad. Y hay que aceptar la aventura con sus riesgos dolorosos y marciales.

No está exenta a ratos, después de todo, de cierta suave comicidad.

Una de las diversiones socorridas de los librescos consiste en decretar el entierro de los contemporáneos que estorban, para establecer, entre los presentes, un nuevo y glorioso escalafón. Lo primero es fácil, puesto que las víctimas se hallan lejos y no oponen resistencia alguna. Lo segundo presenta dificultades mayores, porque, en forma inconfesada u ostensible, todos se creen destinados a gobernar. La política que desgarrar a estos tribunales de la gloriola hace perder así el tiempo que todos pudieron emplear en conquistar el puesto apetecido mediante honrada labor. Tal será—y ellos lo saben—el fallo del porvenir. Pero el porvenir está lejos. ¡Y es tan vistoso, y tan cómodo, elevarse entre dos negaciones, echar a volar mariposas que duren lo que tarda el eco en morir!

La actividad de estos termitas de la literatura que se creen constructores de universos toma las formas más inesperadas. Unas veces parece indiferencia, otras virtud, otras celo de sacerdote que vela sobre la pureza del templo. Pero siempre apunta el mismo tábano aturdido—Dios nos preserve de llamarle envidia—que adopta disfraces sigilosos para no dejarse ver. Aquí adula, allá finge ignorancia, más lejos invoca pretextos para alejarse, y siempre vuela de un lado a otro, tan infatigable como infecundo, dejando en todas partes el recuerdo de su digestión.

Los que deben elevarse se muestran, en cambio, francos, enérgicos, seguros de las ramas, sin odio, que les da la superioridad. Esto exaspera a los rezagados. En cada movimiento de salud ven un ataque a su debilidad, en cada éxito una alusión a su impotencia. Pero el escritor, cuando realmente lo es, ve pasar los errores con la inmovilidad de las rocas. El mal mismo contribuye a su encumbramiento. Y hasta se podría decir que su habilidad—si la tuviera—estribaría en hacerse atacar, silenciar y calumniar con brío, porque todo ello, en vez de perjudicarlo, obedece a un determinismo supremo y contribuye a la armonía de la orquestación final.

Es célebre y por repetida se recuerda en síntesis, la anécdota de la marquesa que decía al escritor:

—Ya sé que tiene Ud. mucho talento porque he oído hablar muy mal de Ud. . .

Por encima de todas las escuelas literarias y por encima de todas las crisis periódicas, no ha habido nunca más que escritores que tienen talento y escritores que fingen tenerlo. Mejor diríamos, escritores que, sin dejar de ser clásicos, llevan en el alma todos los vientos nuevos, todas las estrellas ignotas, todo el azul turquí; y contorsionistas de las letras, galeotes de la trampa que todas las mañanas hay que rehacer porque todas las noches se desmorona, mísero bateleros del Volga dentro de su propia mistificación.

Así se bifurcan los caminos y así se crean las corrientes: unos van al sacrificio, otros a la comodidad, unos fingen, otros se interrogan, unos imitan, otros crean, unos confían en el presente, otros en el porvenir.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

IMPORTANCIA DEL OBJETO EN LA PINTURA DE HOY

EL papel que el objeto había desempeñado en las representaciones plásticas hasta el fin del siglo último era extremadamente reducido. Si observamos el pasado aún más remoto del hombre, comprobaremos que el objeto no ha constituido jamás una parte esencial de sus preocupaciones plásticas o gráficas. Desde que el hombre echó sobre el mundo una mirada inteligente, el juego de su imaginación se encontró excitado por todos lados por los grandes fenómenos de la naturaleza.

La ley que regla el perpetuo movimiento del cielo parece, a juzgar por las representaciones ideográficas del hombre primitivo, haberle comunicado la emoción más intensa. El curso del sol que distribuye las horas del día y las de la noche, ese curso del sol cuya desaparición provocaba la desesperación del primer hombre y cuyo levantarse le traía la alegría de una resurrección, le causaba una gran sorpresa. Con ayuda de signos ensayó figurar ese movimiento del sol que había golpeado su espíritu y cortado su marcha en secciones. De allí nacieron las primeras representaciones gráficas del hombre. Después, por la fuerza de atracción del misterio del mundo, agrandándose con la sucesión de las generaciones, los signos ideográficos se han enriquecido con otros signos reclutados en círculos del conocimiento cada vez más extensos.